

Paulina Rivero Weber

Habitar el pensamiento

María Antonia González Valerio

El volumen que presentamos hoy, *Ética. Un curso universitario*, es el resultado de muchos años de cátedra de la doctora Paulina Rivero Weber, quien ha impartido la asignatura de Ética en la Licenciatura en Filosofía en el Colegio de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es un libro esforzado, dedicado y claro. Es un libro que para mí representa un viaje en el tiempo. Y es esa historia la que quiero contar un poco aprovechando el lugar ventajoso que tengo al haber sido receptora de ese curso de ética, de haber entrado al aula y escuchado de viva voz lo que en estas páginas se contiene.

La lectura de este libro, de ánimo de pies ligeros, me transporta a agosto de 1995. Un martes. Las ocho de la mañana. Primera semana de clases. Todo el entusiasmo puesto en la idea de empezar a estudiar la carrera de Filosofía en la Universidad Nacional. Más que entusiasmo, lo que sentía era una alegría desbordante, una ansiedad extraña ante la apertura del horizonte de lo nuevo, de lo inesperado, de lo que tenía que ser radicalmente de otro modo a todo lo hasta entonces conocido. Ni qué decir, así fue. La expectativa consumada. El mundo devino otro.

Y todo comenzó ese martes a las ocho de la mañana, cuando, no por elección (porque en primer ingreso no eliges tus grupos), entré en el aula de la cátedra de Paulina Rivero, me senté en una de esas sillas atornilladas al piso en el salón 114, al final de un pasillo largo que sigue pareciendo de hospital psiquiátrico, un salón con un gran ventanal por el que se miran el cielo y los jardines de las islas, con un balcón para salir a contemplar la realidad de la Universidad —años después yo misma habría de pedir dar clases en ese salón, pi-

sar la cátedra y deambular enfrente del pizarrón, trastocando la experiencia y pasando del otro lado del espejo.

Así conocí a la doctora Rivero —en ese entonces aún no se doctoraba—; después de la clase, salía con su libro de Heidegger bajo el brazo y se iba al seminario de Ricardo Guerra, para seguir estudiando, para seguir escribiendo su tesis de doctorado sobre el tema de la verdad... bueno, antes de irse al seminario de Guerra solía darse el tiempo para sentarse en la cafetería y platicar con sus estudiantes, acercarse a ellos, escucharles de cerca, ¡cómo disfrutaba yo, sorprendida de su candidez, aquellas charlas en las que con paciencia oía nuestros más feroces arrebatos sobre el mundo y la vida! Pero, decía, así la conocí, parada frente a nosotros, llena de pasión, sintiéndose en el cumplimiento de una vocación por la enseñanza, repleta de discursos, de conceptos, de saberes y tratando de seguir los pasos de Eduardo Nicol y Juliana González, dos de sus grandes referentes, dos de los personajes con los que dialoga en este libro a fuerza de haber dialogado con ellos incesantemente en la cátedra. Tengo la imagen vívidamente grabada, de aquellos años, de aquellas clases de discursos potentes en los que yo misma habría de encontrar mi vocación y una inextinguible pasión por el pensamiento.

También me acuerdo con particular cariño de haber visto en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería a la doctora Rivero en esos primeros meses de mi paso por la filosofía. Nos invitó a venir a la presentación de un libro (no recuerdo cuál), y como yo sí vine, me regaló una introducción a la filosofía de Thomas Nagel y después nos fuimos con otro compañero a tomar un café al Sanborns

de los Azulejos. Tengo la memoria fresca a pesar de la veintena de años, la memoria de mis preguntas y de su paciencia, de mi insistencia ante el dolor de descubrir que nada, absolutamente nada tenía sentido y que no había tampoco destino. Y ella me respondió sonriente: inventa los sentidos, inventa los destinos. Si me demoro en relatar esto es porque para mí el aprendizaje de la ética como curso universitario rebasó el aula, se convirtió en pregunta constante que habría de acompañarme y en la que Paulina Rivero siempre me tendió la mano para seguir pensando, siempre me arrojó al camino del cuestionamiento sin fin. La experiencia directa del aula se convierte en letras y está hoy contenida en el libro que presentamos. Que sigue abriendo un inicio para el pensar.

No hay manera de enseñar filosofía. No hay manera de entrar a esa montaña compacta e inaccesible de primera instancia en la que se concentra la capacidad de pensamiento de la humanidad de los últimos milenios. ¿Cómo empezar a pensar? ¿Cuál es la puerta de entrada? ¿Un orden cronológico, problemático, por autores, por corrientes?

Las clases de Paulina hoy felizmente vertidas en este libro fueron una introducción en medio de la incertidumbre. Paso a paso íbamos recorriendo parte de la historia de la filosofía, cuidadosamente elegida, cronológicamente ordenada, desbrozando los temas, comentando, preguntando, leyendo hasta que algo cobrara sentido. La formación de Rivero Weber se dejaba sentir a lo largo del trayecto. El conocimiento de la filosofía griega, que resulta indispensable y un faro en medio de tantos cuestionamientos apresurados, fue sin lugar a dudas decisivo. Nos fue haciendo saber que

a esa primera forma de interrogar hay que regresar constantemente. Todavía me acuerdo que nos incitó a ir a una conferencia del estudioso griego Conrado Eggers Lan, quien se presentó por esos días en la Facultad para hablar de Platón. Allí fui yo a sentarme entre los asistentes, con la ingenuidad de querer comprender algo de las palabras dichas en griego y en español que disertaban sobre no sé qué diálogo y de las que evidentemente no entendí nada. No importaba: había que arrojarse, e intentarlo una y otra vez, no desesperar frente a los textos, frente a su ser indecifrabable. Paulina era contundente en esto. Hay que tener paciencia y leer mucho tiempo y muchas veces. Y recorrer los sentidos y esperar.

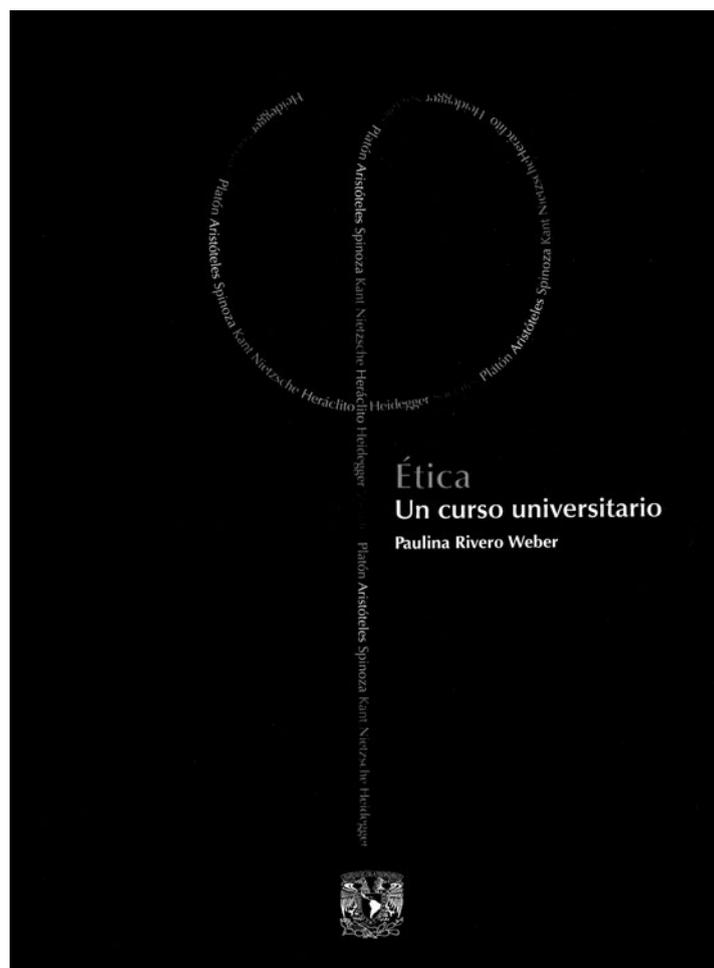
Hay que esperar muchos años, muchos. Pero esto no lo alcanza a comprender una sino hasta después. Al primer momento lo que gana es la desesperación, de enfrentarse a lo que parece imposible, sin tener idea de cómo abrir los textos, pero queriéndolo enormemente. Hay que pasar una y otra vez por el mismo sitio hasta que en algún momento se convierte en diciente y entonces una puede por fin comprender y después con suerte transmitir. Este libro está así escrito. Se siente en cada una de sus páginas y eso me causa un gran regocijo. Porque lo que he hallado allí con mi lectura rememorante es la demora de Paulina (¡ahora recuerdo cómo nos insistía en Nietzsche y la vaca rumiante, acabada metáfora de cómo hay que tratar el pensamiento!), lo que encuentro aquí son los muchos años de trabajo y de estudio, pero sobre todo es un modo de habitar el pensamiento. Sin este habitar la palabra no hay manera de escribir desde una profunda comprensión de lo dicho, y no hay manera tampoco de enseñarlo así. En esto Paulina y yo coincidimos hoy profundamente. Hay una filosofía profesional, es decir, convertida en profesión, que se aprende y enseña en la Universidad, y después se puede trabajar haciendo filosofía, como una cosa externa, como una caja de herramientas que ayuda a resolver problemas de orden teórico y práctico, que lo que ve delante son argumentos y contraargumentos y se la pasa enredando y desenredando discursos, probando verdades y falsedades. Hay una filosofía, pues,

de la demostración, de las razones correctas, del convertir el pensamiento en instrumento, en técnica de resoluciones.

Hay otra, que es esta que practicamos nosotras, en donde no es posible deslizarse sin más por la discursividad y presentar argumentos, en donde no se conciben problemas ni resoluciones, y sobre todo, donde no se demuestra nada ni comprueba tampoco nada. Este modo de hacer filosofía es una manera de horadar(se) un espacio en el mundo, de construirse un hábitat (sí, haciendo resonar la idea de *ética-ethos*-hábitat que impregna todo este libro). Hay verdades que se pueden demostrar y verdades que se habitan. Para habitar una verdad es necesario un largo camino en el pensar, es necesario haber fundido la vida con el pensamiento, para que sean indiscernibles, para que haciendo el uno se haga también el otro. ¿De qué otra manera se puede hablar del ser, de la totalidad, de lo que hay? No puede ser como un discurso con referente, donde se ve allí delante el objeto y se le describe según sus propiedades sensibles y medibles. No se puede pensar de ese modo la realidad. Se

le puede pesar y medir, se le puede verificar, pero no pensar y mucho menos habitar. Todo el libro de Paulina está construido desde la habitación o la morada del pensamiento sobre el ser. Por eso puede hablar hoy con tanta claridad, ser prístina sobre algunos de los temas que filosóficamente llegan a lo más alto. Porque para poder hablar con verdad, con *alétheia*, diría ella en su seguimiento griego-heideggeriano, es menester haberse dejado decir íntimamente por el pensamiento.

Y una vez conseguido, no se le puede dejar atrás. Se vuelve parte de quien filosofa y desde allí se escribe, desde allí se enseña, desde allí se vive. Se trata de un libro de filosofía que se afana en incidir sobre la ética y el modo en que es posible acercarse a ella, que ha sido escrito desde el convencimiento de haber comprendido la relación inexpugnable entre ser y pensar, y que, por tanto, solamente puede transitarse en libertad y con tranquilidad. Lo que quiero decir con esto es que Rivero Weber logra presentar con diafanidad lo que le ha ocupado la vida y el pensar.



El recorrido que nos presenta de autores, que van de la Grecia clásica a la Alemania del siglo XX, lo lleva a cabo después de haberlo transitado innumerables veces, repetir el camino que es siempre el mismo y a la vez es siempre diferente. Y ahí y de ese modo es como se fragua la experiencia.

Decía hace unos momentos que es difícil intentar decidir por dónde iniciar el camino de la filosofía. Porque al principio parece tan complicado que nada de lo que se diga aporta sentido o luz o claridad. Que da igual si es un discurso intempestivo y arrebatado, o uno pausado y largamente meditado. El inicio de la filosofía requiere paciencia y tenacidad. *Ética. Un curso universitario* es un posible inicio para quien quiera seguirlo, para quien quiera escucharlo. Es un inicio comprometido, que busca que el pensamiento no sea tergiversado en la transmisión de información, que busca apelar a la lectora de manera directa, decirle: esa eres tú y has de cambiar tu vida. Hacerla saber que la filosofía no es la erudición de quien pertenece a la academia, sino el deseo fer-

viente de pensar hasta quedarse sin aliento, de convertir los días y las noches en la obsesión del pensamiento, de la interrogación, de la pregunta primera, de voltearse sobre sí misma y preguntarse sobre sí y mirarse de frente... La filosofía así concebida no es sino ética.

Una filosofía encarnada tiene que ser un *ethos*, un hábitat desde el cual es posible estar en el mundo, desde el cual es posible construirse una manera de ser, de estar, de pensar.

Si bien este es un curso universitario dictado desde la cátedra para los recién iniciados estudiantes de filosofía, se presta, por su escritura ágil y clara, y sobre todo por su vocación y entrega, a ser leído por un amplio público, a ser sobre todo interrogado y cuestionado por toda aquella persona que sienta que quiere y puede pensar, que quiere juzgar a la luz natural de la razón, que quiere arrojar a la empresa de cuestionar por cuenta propia todo lo que hay y hallar así un modo de habitar el mundo, construyendo el propio camino (que no por singular es individual) en

la intersección del ser y el pensar. ¿De qué otro modo podría la filosofía invitar a vivir si no es en la demora de la palabra, del *logos*, de la pregunta?

Ética. Un curso universitario tienta a quien lo toma en sus manos a buscar la posibilidad de que su destino sea su *ethos*, siguiendo un fragmento de Heráclito que es particularmente importante en este libro, en la reflexión de Rivero Weber, en su propia filosofía.

Afortunadamente, se ha dado el tiempo para escribir aquí lo que ha madurado en los muchos años de dar clase, de entregarse en las aulas de nuestra Universidad y sacarlo ahora de ese recinto, y darlo prodigamente a todo aquel que quiera leerlo, que quiera dejarse llevar y sumergirse en una aventura del pensar de la cual, eso es garantizado, no se puede salir inalterada. Siempre que se inicia el pensamiento ha de transformar lo pensado y a quien piensa. Sólo hay que decidir emprender el camino e insistir. Lo demás ha de suceder. Sin siquiera darnos cuenta, como suele pasar a cada rato en la vida, que lo fundamental sucede sin que podamos precisar el momento exacto. Así pasa con la filosofía, un día, después de tanto esfuerzo, se logra pensar. Así. Y de repente ya nada es igual. Ya nada vuelve a ser lo mismo. Ni yo ni el mundo. Atreverse y volar sobre el abismo, para retomar a Nietzsche, quien decía: quien no es pájaro, no debe construir su nido sobre abismos. Hay que tomar este libro como incitador del despliegue de las alas y emprender un vuelo ligero y pensar y pensar hasta que habitemos una verdad que se convierta en un *ethos*. Cuando eso haya sucedido, Paulina Rivero Weber habrá logrado una vez más ejecutar su vocación: transformar mediante la filosofía a quien quiera escucharla, a quien quiera leerla.

Gracias, Paulina, por todos estos años de diálogo, de escucha, de enseñanza, de compartir el camino, de habernos reinventado varias veces y de seguir haciéndolo. Gracias por entregarnos con esta publicación una posibilidad para iniciar y reiniciar el pensar. **U**



Paulina Rivero Weber

Paulina Rivero Weber, *Ética. Un curso universitario*, UNAM/Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, México, 2015, 221 pp.´